

## Con gran entusiasmo

### **Mensaje del Superior General publicado en la revista *La Famiglia di Padre Piamarta* con ocasión del anuncio de la canonización de Padre Piamarta**

El anuncio dado por el Santo Padre en el Consistorio del 18 de Febrero respecto a la canonización de nuestro Fundador, nos ha llenado de alegría después de una larga espera.

Para quien lo ha conocido y lo ama, no hay dudas sobre la santidad de padre Piamarta. Le escribía en el año 1896 el amigo Giuseppe Franchini (el de la aventura en el Monte Magdalena): “Veo en ti al hombre de los grandes e importantes proyectos, el que yo llamaría el verdadero santo, el cual, con el sublime sentimiento de la Caridad, ha hecho y hace todavía muchos milagros!”

Muchos son los testimonios en el proceso canónico que se han dado en estos términos. Todos esperaban que la justa prudencia de la Iglesia se pronunciase oficialmente para poder ver a nuestro padre propuesto universalmente como modelo de fe, esperanza y caridad para todos los cristianos.

El anuncio del Papa viene después del reconocimiento - de parte de médicos, teólogos, cardenales, obispos y del mismo Pontífice - de un hecho de curación inexplicable para la medicina y obtenido gracias a su intercesión. Como es sabido, se trata de un hombre de Fortaleza, declarado en estado irreversible por los médicos y que, a pesar de eso, se ha sanado completamente y casi de improviso luego de que sus amigos hayan pedido la intercesión de padre Piamarta.

Aquello que llamamos “milagro”, en la historia de la salvación, es un signo extraordinario de la intervención de Dios a favor del hombre, una ocasión en la historia que manifiesta la salvación que puede venir solo de Dios. Por ello, de una parte, los milagros son pocos y Jesús no ha curado a todos los enfermos de su tiempo: son, de hecho, unos “signos”, las muestras del mundo nuevo que Él inaugura con su presencia en medio de nosotros. Son eventos que ocurren en una relación de fe en Él, de quien recibe el milagro o de parte de quien le presenta a la persona necesitada. Por otra parte, para quien tiene fe, los milagros son frecuentes y continuos. La vida es un milagroso don de Dios para quien sabe leer más allá de las cosas con los ojos de un niño, como pide Jesús.

Los eventos, algunos más que otros, que acompañan nuestra existencia son verdaderos milagros - intervenciones de Dios en la historia -, si los sabemos leer en su valor de extraordinaria ordinariedad.

En estos años, visitando las obras piamartinas, me he encantado y conmovido más veces escuchando frecuentemente personas simples o doctas - pero también de fe - que atribuían este o aquel hecho, poco o más extraordinario, a la intercesión de padre Piamarta. Eran familias que encontraban la unidad y la paz, hijos que regresaban al sentimiento de justicia, alumnos imposibles que cambiaban radical e imprevisiblemente, diagnósticos médicos descartados de un momento a otro... “¡Ha sido padre Piamarta!” escuchaba decir como la más obvia de las constataciones, en Italia y, con frecuencia aún mayor, en América Latina o en África, donde la secularización no ha sembrado aún toda su aridez espiritual.

Un milagro que es visto por todos son, sin duda, las personas que se sienten invitadas, luego de conocer a Padre Piamarta, a seguir al Señor con la fidelidad de la vida, en las Congregaciones fundadas por él y en el Movimiento Secular Piamartino: gente que, aún hoy, en tiempos de derechos y de calculados beneficios, se dedica gratuitamente a la juventud en varias partes del mundo, cumpliendo obras cotidianas de amor y de servicio educativo y de Evangelio vivido.

El milagro que en esta gran ocasión, a la cual nos estamos preparando con entusiasmo, podemos pedir todos, sin distinción de categoría o de pertenencia, a nuestro futuro “Santo”, es el de hacer una profunda experiencia del amor de Dios: de aquel Dios que era para padre Piamarta (y es) Todo, por el cual quiso dar la vida y al cual se entregaba con mucha confianza en todo momento, especialmente en las circunstancias difíciles, en aquellas donde un hombre “normal” se detendría y desanimaría.

La normalidad de los Santos consiste, justamente, en el creer que, si se actúa en nombre del Señor y en su continua compañía, el bien se vuelve siempre posible y, si Dios quiere, también realizando “grandes proyectos” con pocos medios. Por ello, el objetivo de todo milagro y de la proclamación de la santidad de un cristiano es que cada uno de nosotros sienta a Dios más cercano y, con mayor confianza, se entregue a Él.

**Padre Enzo Turriceni**

**Superior General de la Congregación Sagrada Familia de Nazareth de**

**Padre Giovanni Piamarta.**

Publicado en La Famiglia di Padre Piamarta 87 (2012), págs. 3-4.